

SEGUIMOS DESPIERTAS

Margaret Randall

A fines de 1979, recién ganada la guerra contra el somocismo, yo vivía en La Habana. Debí haber sido en agosto o setiembre de ese año que recibí una llamada de Daisy Zamora, entonces viceministra del recién creado Ministerio de Cultura. El ministro, el poeta Ernesto Cardenal, a quien conocía desde los años en que hacíamos **El corno emplumado**, revista mexicana de literatura y combate, quería saber si yo estaba dispuesta a venir a Nicaragua, «para escribir sobre nuestras heroicas mujeres».

Aquel primer libro

No dudé en responder que sí. Y en octubre ya me encontraba en pleno trabajo de campo. El Ministerio de Cultura me buscó una familia con quien vivir, y me proveyó de un jeep con chofer. Lo demás vino como por acto de magia, pues con magia se hacía todo en aquellos primeros años de la revolución.

No creo que fueran muchos los lugares del país que no visité, mi grabadora siempre a la espera de una nueva historia extraordinaria. Fueron tantos los que me ayudaron: «Sí, yo conozco a una compañera que vende dulces en el mercado. Debajo de su oferta matutina, en la misma canasta de los dulces, trasladaba armas y municiones...»

O, «tenés que hablar con fulana... estaba al frente de un pelotón con sólo 15 años de edad».

Conversé con las mujeres más destacadas, entre las que estaban no pocas comandantes y otras que, terminada la guerra, ya desempeñaban trabajos de responsabilidad política. Hablé con abuelas y con mujeres muy jóvenes, con guerrilleras que habían sido monjas y con monjas que todavía vivían la vocación religiosa; con una guardia de Somoza reclutada por el Frente Sandinista; con una prostituta para quien la liberación la exoneró además de su penosa faena; y con una sorprendente cantidad de exalumnas del Colegio de La Asunción, donde las hermanas inculcaban el amor al prójimo y el servicio social. La Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE), me brindó ayuda en todo el trabajo de ubicar a las mujeres y facilitar las entrevistas con ellas.

Ese primer libro resultante, que vio la luz en 1981, sigue teniendo una vida muy feliz. De todos los títulos míos, es quizá el que mayor venta ha tenido. La edición en español sigue en las librerías, a doce años de publicada. El título en inglés está entre los libros míos que más ejemplares han alcanzado, y son incontables las cartas que aún recibo de mujeres y hombres para quienes esta obra les acercó a la lucha nicaragüense. **Todas estamos despier-tas**, en distintas versiones, también se editó en Brasil, Holanda y República Dominicana, entre otros países. He visto ediciones piratas de Colombia y Turquía.

Nuevos tiempos

El tema de la mujer en la lucha de los pueblos sigue muy vigente. Hoy estamos más claras en nuestra perspectiva de esa participación. Tenemos la experiencia de muchas mujeres para quienes luchar por su pueblo les abrió a la lucha de género, mostrándoles incluso más palpables los obstáculos que enfrentan las mujeres que quieren realizarse social y políticamente en sociedades machistas como las nuestras. Tenemos, también, la experiencia de muchas otras que, una vez ganada la guerra de

liberación, vuelven a un quehacer más tradicional. Las presiones para que así ocurra son fuertes. En los países latinoamericanos es únicamente, durante los últimos cinco o diez años, cuando comenzamos a analizar, de forma masiva, el papel de la mujer en toda su profundidad.

Cuando escribía **Todas estamos despiertas** eran poquísimas las mujeres que se llamaban feministas. Hoy es otra la experiencia. La situación a nivel mundial es muy diferente de lo que era hace diez o doce años. Antes solíamos decir que una mujer que peleó con las armas en la mano difícilmente volvía a aceptar la discriminación del hombre. Pero hoy no es sólo la mujer quien a menudo ha retornado a una vida sometida. Son modelos revolucionarios enteros los que han caído. Mujeres y hombres buscamos las respuestas a múltiples preguntas. Buscamos la desmitificación de lo anteriormente «sagrado». Buscamos nuevos modelos de lucha y de cambio social.

Después de varios años de ausencia, regresé a Nicaragua en octubre de 1991. Asistí a una conferencia convocada por el FSLN sobre la solidaridad internacional. Aquí me reuní nuevamente con algunas de las compañeras del viejo libro, y como solemos hacer las mujeres, hablamos de nuestras vidas, los hijos, el trabajo, los problemas y los aciertos, las faenas de todos estos años. Encontré a AMNLAE, ya con una década de experiencias acumuladas, con nuevas prioridades.

Y encontré también a otros grupos de mujeres: algunas «casas de la mujer» que funcionan al margen de AMNLAE. También se hablaba de un movimiento nuevo «la mayoría del 52 por ciento», y muchas compañeras, agrupadas en organizaciones de desarrollo, trabajaban a favor de la mujer de la costa caribe, por una educación sexual no sexista, en el área de la salud, en contra del SIDA, o en otros campos que quedaron en el desamparo después de la derrota electoral del Frente Sandinista. Ahora feminismo no es una mala palabra, y las lesbianas también se han organizado.

Otra historia

La idea de hacer un nuevo libro sobre la mujer nicaragüense casi nació por sí sola. Se caía de la mata, como suele decirse. En conversaciones con distintas compañeras, me di cuenta que sería interesantísimo volver a hablar con las entrevistadas en el primer libro, después de una década de gobierno sandinista y dos años de gobierno conservador. ¿Cómo incidieron estos años en las vidas de las mujeres? ¿Cómo les había afectado el cambio? Platicando con las compañeras que alcancé a ver durante mi corta estancia de octubre en 1991, encontré que el proyecto también las entusiasmaba a ellas.

Volví a Estados Unidos, pero ya con el proyecto entre manos. Lo primero que procedía era reunir el dinero para hacer el trabajo de campo. No pude reunirlo todo, pero sí lo suficiente para lanzarme. Algunas personas se ofrecieron para buscar las compañeras, ubicarlas y concertar las entrevistas. Mientras tanto, la editorial de la Universidad de Rutgers se interesó en el nuevo libro. Contrató un manuscrito que tendré que entregar en abril de 1992. La edición canadiense estará a cargo de la misma casa editorial que dio a luz la versión en inglés de **Todas estamos despiertas**.

Ya en pleno trabajo de las entrevistas, me convenzo aún más de la importancia del proyecto. Vuelvo a hablar con las compañeras de hace doce años, y con otras que han surgido recientemente. La mayoría opina que el sandinismo abrió un espacio grande para la mujer nicaragüense. Reconoció su heroísmo, veló por sus derechos, y efectuó algunos cambios importantes sobre todo en los ámbitos laborales y de la salud. A la vez, las mujeres de más larga trayectoria lamentan la falta de una comprensión partidaria profunda del papel que la mujer puede y debería tomar dentro de la construcción de una sociedad más humana. Reconocen que todavía prevalece una incompreensión hacia el feminismo. Hablan mucho más de los problemas de género, y buscan un modelo en el que ellas no queden apartadas.

Ha sido sumamente interesante escuchar estas historias individuales y colectivas. Siento que estoy aprendiendo mucho. Porque en todas partes las mujeres hemos logrado un nivel extraordinario de entrega de experiencias. Y en la situación particular de Nicaragua, estas experiencias tienen un perfil particular. Se trata de un país de mujeres fuertes, aguerridas, generosas y sabias. Han luchado como pocas por una sociedad más digna. Supieron aplazar los problemas de género dentro de una lucha a muerte por los derechos de su pueblo. Ahora, entre la vanguardia de mujeres luchadoras hay una parte considerable que opina, acertadamente, que la lucha de género tiene que ser integrada a la lucha de liberación nacional.

En: **Pensamiento Propio**/setiembre, 1992





Francisco Amighetti
Grabado
Costa Rica